

#10,00

ICONOS|12

~~FLACSO~~ - ~~Bibliotecas~~

Revista de FLACSO-Ecuador

No 12. noviembre, 2001

ISSN 13901249

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de **ICONOS**

Director de Flacso-Ecuador

Fernando Carrión

Consejo editorial

Felipe Burbano de Lara (Editor)

Edison Hurtado (Co-editor)

Franklin Ramírez

Alicia Torres

Mauro Cerbino

Eduardo Kingman

Producción:

FLACSO-Ecuador

Diseño e ilustraciones:

Antonio Mena

Impresión:

Edimpres S.A.

FLACSO-Ecuador

Ulpiano Páez N 19-26 y Av. Patria

Teléfonos: 2232-029/ 030 /031

Fax: 2566-139

E-mail: furbano@flacso.org.ec

ehurtado@flacso.org.ec

FLACSO - Bibliotecas

Indice

Coyuntura

6

“Choque de civilizaciones”,

fundamentalismo islámico y geopolítica de la nueva Guerra Fría

Marc Saint-Upéry



13

La reforma fiscal deja intacto el problema del endeudamiento externo

Fander Falconí,

Hugo Jácome

Dossier

22

El círculo vicioso de la transición:

de la democracia formal a la poliarquía

Pablo Andrade A.

33

Una democracia en busca de actores:

reflexiones sobre el proceso político ecuatoriano a partir de la transición

Francisco Sánchez López

47

La crisis política en Colombia

Pedro Santana Rodríguez

54

Reconstruyendo la democracia en Perú: crisis y transición en la caída de Fujimori

Carmen Rosa Balbi y

David Scott Palmer

Debate

66

“Hay que romper los paradigmas que hemos construido”

Discurso de Fernando Henrique Cardoso

en la recepción del Doctorado Honoris Causa otorgado por FLACSO



72

Apuntes sobre modernidad, reflexividad y política

Más allá de la democracia dialógica.

Natalia Catalina León G.

Diálogo

88

Diálogo con Axel Ramírez: **Las fronteras de la antropología y la antropología de las fronteras**

Mauro Cerbino

Temas

100

La Bruja, la Tunda y la Mula:

el diablo y la hembra en las construcciones de la resistencia afro-ecuatoriana

Paloma Fernández Rasines

108

Como insulina al diabético:

la selección de fútbol a la nación en el Ecuador de los noventa

Franklin Ramírez G.

Jacques Ramírez G.

Frontera

120

Argentina: anatomía de una crisis

Juan Jacobo Velasco

126

**La convertibilidad en Argentina:
lecciones de una experiencia**

Alfredo Calcagno,

Sandra Manuelito y Daniel Titelman

142

Reseñas

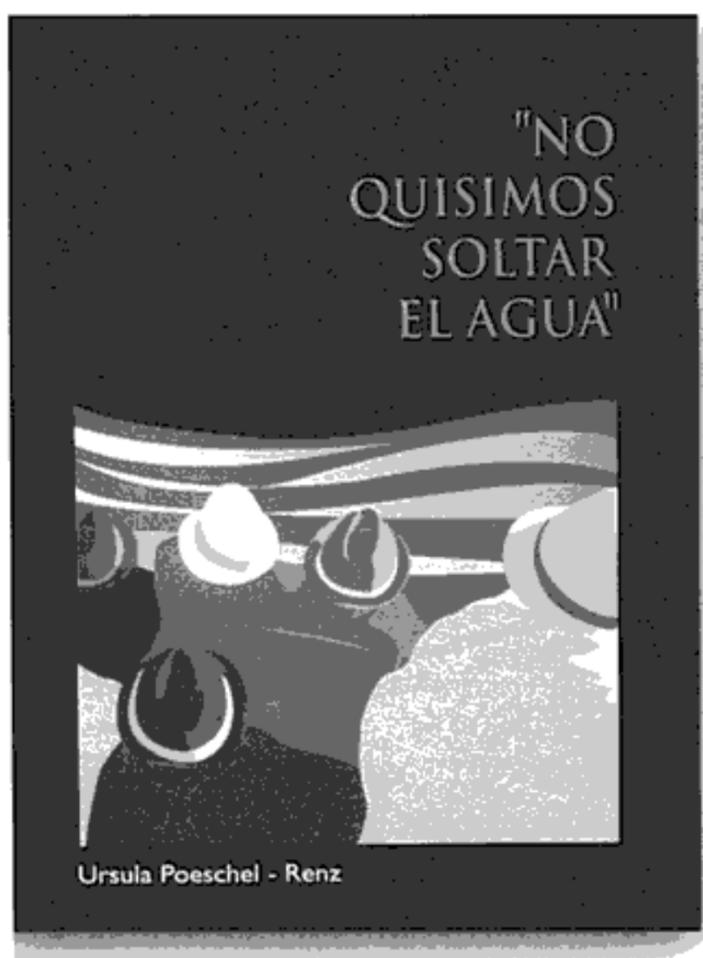
148

Sugerencias bibliográficas

151

Contenido ICONOS 11





Ursula Poeschel-Renz
"No quisimos soltar el agua".
Formas de resistencia indígena
y continuidad étnica en una
comunidad ecuatoriana:
1960-1965
 Abya-Yala, Quito, 2001, 224 páginas

La aparición y consolidación del movimiento indígena como un actor recurrente e indispensable de la escena política nacional es, sin duda, uno de los hitos más remarcables de la historia social contemporánea del Ecuador. La presencia reiterada de sus líderes e intelectuales en los medios de comunicación, la insistencia de sus demandas en las sucesivas mesas de negociación con el gobierno y hasta el interés mostrado por las financieras y agencias de desarrollo por la "cuestión indígena", son parte del paisaje habitual y cotidiano en estos tiempos de cambio de siglo. Se trata de una situación tan "normal" que, ciertamente, corremos el riesgo de olvidar lo novedosa y trascendental que es si atendemos a las implicaciones que comporta desde el punto de vista de las transformaciones acaecidas en la sociedad ecuatoriana en los últimos cuarenta años. Y es que, en efecto, hace sólo

cuatro décadas hubiera resultado sencillamente inimaginable concebir la sola existencia de un movimiento indígena como el actual; mucho más pensar en la posibilidad de diputados indígenas y del resquebrajamiento definitivo de lo que, con mucho acierto, Andrés Guerrero definió en su día como las "formas ventrílocuas de representación".

El libro de Ursula Poeschel-Renz nos ilumina un capítulo concreto y específico, ya algo lejano en el tiempo, de ese proceso de afirmación étnica. Un capítulo que hace alusión a la manera en que afectaron, en un grupo quichua de la sierra —el de los salasacas—, las luchas agrarias de los años sesenta y la resistencia bárbara y cruel opuesta por un gamonalismo impenitente que no quería resignarse a aceptar el signo de los tiempos: tiempos de reformas, de esperanzas y de siembra de lo que sería la cosecha posterior de los nuevos movimientos sociales. De este modo, el trabajo nos brinda la oportunidad de constatar cómo los procesos de carácter general se articulan y se moldean a nivel local y cómo, en última instancia, la historia social local constituye una excelente forma de aproximación a los procesos de carácter general. Pero vayamos por partes. Primero, presentando someramente a los actores protagonistas y, segundo, resumiendo los acontecimientos analizados en *No quisimos soltar el agua*.

Protagonistas: los salasacas de Tungurahua

Los salasacas de la provincia de Tungurahua forman un colectivo indígena numeroso (de entre 8.000 y 10.000 individuos) que, circundado de parroquias predominantemente mestizas, ocupa un territorio étnicamente homogéneo situado a tan sólo 14 kilómetros de la ciudad de Ambato y dotado con tierras de escasa calidad que han mejorado su productividad en los últimos dos decenios gracias a la extensión del regadío. Con todo, los salasacas desarrollan sus actividades en un escenario provincial en el que la diferenciación interna del campesinado y la mercantilización creciente de sus formas de vida han llevado a una situación muy lejana de la que suele ser habitual en las otras provincias del callejón interandino. En

Tungurahua, en efecto, y a lo largo de una dilatada evolución de cerca de un siglo, muchos minifundistas mestizos han conseguido arreglárselas a base de la especialización como artesanos orientados básicamente al mercado nacional y del mantenimiento de las actividades agrarias en un segundo plano. En ese marco tan dinámico, los salasacas han encontrado mercado para sus excedentes agrícolas (tomate de árbol, capulí), han continuado manteniendo algunas producciones de marcado carácter de autoconsumo (maíz, patatas, legumbres y frutas) y, en muchos casos, se han especializado como productores de artesanías “indígenas” (básicamente tapices) que son comercializadas desde el propio centro parroquial hasta plazas tan alejadas como Otavalo o Quito.

Más allá de la incidencia del entorno social y económico, los salasacas presentan algunas particularidades en relación a los demás grupos quichuas andinos. El más remarcable acaso sea el de la permanencia de unos perfiles identitarios muy marcados y diferenciados; perfiles que descansan sobre el mito común del origen mitimae de la etnia –muchos salasacas creen que proceden de grupos del altiplano boliviano trasladados por el Incario en el siglo XV, tesis que les permite reforzar su identidad étnica específica– y que sin duda tienen que ver con el abanico de estrategias desplegado para sobrevivir como “indios libres” en un contexto regional de mayoría no indígena. Los salasacas, ciertamente, nunca mantuvieron relaciones precarias con los grandes asentamientos aledaños, sino que constituyeron comunidades independientes con una autonomía considerable con respecto al régimen de hacienda. El hecho de organizarse en comunidades libres, sin embargo, no les eximió de sufrir toda clase de maltratos, vejaciones y humillaciones por parte de los mestizos de los poblados circundantes y de los grandes propietarios vecinos, de quienes dependían para acceder al uso de un recurso tan trascendental en el medio: el agua de riego.

Los acontecimientos: de la lucha por el agua a la afirmación étnica

El trabajo de Ursula Poeschel-Renz analiza precisamente de qué manera las luchas de los salasacas por el agua y el largo litigio mantenido por ella contra la fuerza de un terrateniente –y que se saldó con una masacre el 15 de agosto de 1962 en la que fueron asesinados trece comuneros– fueron precisamente los hitos que marcaron un parteaguas en su proceso de reafirmación étnica, aportando así un conjunto de elementos de juicio fundamentales para entender en toda su complejidad los vericuetos de la consolidación del andamiaje organizativo en esa peculiar parroquia serrana.

Hasta el día de hoy –nos explica la autora– la acequia Sevilla es una de las cinco arterias que permiten llevar agua a Salasaca, beneficiando directamente a ocho de las dieciocho comunidades que integran la parroquia. Dicha acequia, que recibe ese nombre porque antaño atravesaba la hacienda de la familia Sevilla Carrasco, tiene 24 kilómetros de largo y fue construida y mantenida por los propios comuneros quizás desde el siglo XIX. Estos gozaban del usufructo del agua a cambio del pago de una renta –en trabajo o en dinero– a la susodicha familia. El conflicto se gestó a partir de la decisión, tomada por parte de los Sevilla Carrasco a principios de los años cincuenta, de parcelar y vender la hacienda a campesinos blanco-mestizos de las parroquias lindantes, excluyendo explícitamente a cualquier hipotético comprador indígena y reservándose la propiedad de la acequia y, con ella, los correspondientes mecanismos de extracción de rentas a los salasacas “beneficiarios” del riego. En virtud de la Ley de Aguas de 1960, empero, esas aguas debieron haber pasado a manos del Estado, garantizándose así el libre acceso a todos los regantes. Ante el reiterado incumplimiento de la disposición, los salasacas afectados, que desde 1951 habían intentado conseguir la adjudicación legal de la acequia, decidieron en 1960 dejar de pagar la renta anual. La respuesta de la familia Sevilla Carrasco fue la de desviar el agua para cederla a los campesinos de una población mestiza vecina, decisión que generó un levantamiento indígena en toda regla que, al ser brutalmente re-

primido por la policía, dejó el mencionado saldo de trece muertos y dieciséis heridos de diferente consideración. A partir de entonces, y apoyados en todo momento por el sacerdote local, los salasacas iniciaron una intensa campaña de reivindicación que los condujo hasta el mismísimo Congreso Nacional –así fue cómo por vez primera, y tras varios días de espera, el 6 de septiembre de 1962 un grupo de indígenas fue recibido en el Congreso– y que culminó con una decepcionante sentencia salomónica: la concesión del 50% del agua para los indígenas y del otro 50% para los mestizos aledaños. A pesar de que el veredicto fue recibido por los salasacas con un cierto sabor a derrota, el desarrollo del conflicto sirvió para que cambiaran sus estrategias de resistencia étnica, logrando asegurar su identidad como indígenas a través del fortalecimiento comunitario.

De acuerdo con la investigación de Ursula Poeschel-Renz, fue a raíz de esos sucesos –y, sin duda, ante la acuciante necesidad de robustecer los mecanismos internos de defensa frente a las frecuentes e impunes incursiones de los cuatreceros– que se abrió una nueva etapa para los salasacas en lo que a la configuración del poder y la autoridad se refiere. Valgan como muestra las siguientes referencias cronológicas: en 1964 se funda el nuevo Cabildo de la Comunidad Salasaca Grande y la Junta de Defensa del Campesinado; diez años después, en 1972, Salasaca es elevada de comunidad a parroquia, accediendo un indígena además al cargo de Teniente Político (el primero del país); finalmente, en 1983 (con reconocimiento jurídico a partir de 1985) nace la Unión de Indígenas Salasacas (UNIS), la organización de segundo grado local que va a asumir en adelante el papel de representación de la población salasaca ante las instituciones de desarrollo y que terminará por afiliarse, con posterioridad, al Movimiento Indígena de Tungurahua (*Runacunapac Jatun Tantacui*) y, a través de éste, a la CONAIE.

La necesidad de rescatar la memoria

La propia autora explicita, en la parte final de la obra, que “la recuperación de los hechos históricos desde la visión de los indígenas indica la coexistencia de otros objetivos adicionales con la causa primordial por preservar su medio de vida y ‘no soltar el agua’”. No en vano la lucha por el líquido elemento tuvo unas raíces culturales e identitarias muy profundas; tan profundas que “los objetivos primordiales se centraron en la defensa tanto del agua como de su identidad cultural”. Y esta última no es una cuestión baladí, ya que, al igual que en otras muchas parroquias indígenas de los Andes, “en Salasaca, la persistencia de los valores culturales, el uso de la lengua vernácula y la historia en común (...), proporcionan a sus organizaciones la fuerza necesaria para vencer y sobrellevar las rupturas, discontinuidades y conflictos internos”.

Es muy remarcable en este sentido la profundidad analítica y la sutileza con la que Ursula Poeschel-Renz trabaja y reconstituye la memoria oral salasaca, desgranando el complejo haz de procesos y circunstancias que confluyeron en la masacre de Pachanlica. Un estudio de caso que sirve para llamar nuestra atención, además, sobre la indispensabilidad de articular lo específico con lo global y el pasado con el presente. No es posible entender la fortaleza actual del movimiento indígena –y con esto vuelvo al inicio– sin considerar los vericuetos de las formas de resistencia cultural implementados día a día en las familias, en las comunidades, en las parroquias, en las relaciones poliédricas con los sectores mestizos y, por supuesto, en la lucha cotidiana por el control de recursos que, como la tierra y el agua, han sido, son y serán fundamentales desde la óptica de la reproducción social y cultural de los pueblos indígenas.

Victor Bretón Solo de Zaldivar